

También la muerte es fiesta. Imagen y palabra en las exequias reales pamplonesas por Felipe V (1746)

José Javier Azanza López
Universidad de Navarra

El fallecimiento de Felipe V el 9 de julio de 1746, dio lugar en Pamplona a la correspondiente ceremonia de exequias organizada por el Regimiento de la ciudad, celebrada en su catedral los días 8 y 9 de agosto. Para ello se levantó un catafalco en el tramo central del crucero, al que estaban destinados 37 jeroglíficos realizados por el pintor Juan de Lacalle.

Afortunadamente se han conservado 22 de los 37 jeroglíficos originales, compuestos por un mote, un cuerpo encerrado en una corona de laurel, y un epigrama resuelto a modo de breve poema castellano. En una lectura de conjunto, los jeroglíficos pamploneses desarrollan un discurso coherente que resume el sentido último del acto: dolor y llanto por la muerte regia, reflexión acerca del poder de la muerte y del triunfo sobre la misma merced a la vida virtuosa del monarca que es propuesto como modelo de conducta, y alegría por el renacer a la vida eterna y la garantía de la sucesión al trono, en un claro mensaje de continuidad dinástica. En este sentido, cada uno de los jeroglíficos que integra el discurso ocupa un lugar concreto, de manera que su significado particular debe entenderse a la luz del conjunto.

Una aproximación al programa iconográfico contenido en los jeroglíficos elaborados para las honras fúnebres de Felipe V en Pamplona servirá, en primer lugar, para conocer este material excepcional en el contexto de la cultura simbólica de la Edad Moderna al tratarse de los propios originales dispuestos en el túmulo hace casi 275 años. Y nos permitirá a su vez llegar a conclusiones de interés.

Una de ellas es la inspiración de su anónimo mentor en los jeroglíficos elaborados en Madrid un siglo atrás con motivo de las exequias de Felipe IV celebradas en 1666 la iglesia del Real Convento de la Encarnación, atribuidos a Sebastián Herrera Barnuevo, ayudado quizás en su cometido por Francisco Rizzi o Juan Carreño de Miranda. No obstante, el discurrir de casi un siglo con el cambio dinástico operado en la monarquía hispana, y las distintas circunstancias personales de uno y otro monarca, obligan a realizar reajustes significativos para actualizar el mensaje que se quiere transmitir.

Por otra parte, comprobaremos el evidente paralelismo existente entre el programa iconográfico de los jeroglíficos y la oración fúnebre pronunciada por el beneficiado Antonio Lobera. Se produce en numerosas ocasiones una retroalimentación entre ambos, de tal forma que muchos de los mensajes “pintados” desde el púlpito podían ser contemplados por los asistentes a la ceremonia fúnebre en los jeroglíficos destinados al túmulo, que a su vez adquirirían pleno significado en la disertación del orador. “De la palabra a la imagen, de la imagen a la palabra”; y a través de ambas, la transmisión de un mensaje que debe quedar indeleblemente grabado en los fieles. Ésta es en última instancia la verdadera esencia y significado de la ceremonia de exequias reales.